

raleza en tanto mutación continua que consiste en una sola: la historia trastocando las identidades en su perpetuo avance. Es difícil resumir en pocas palabras las posibilidades de lectura del poema, otra vez ejemplo de las peculiaridades y logros de Vitier. El supuesto trajín que confunde nuestro saber oculta la certeza que enlaza los cinco primeros versos ("Tantas cosas que he visto y sin embargo/ caben en un papel, pues la memoria, / idéntica a la línea del horizonte/ que es el alimento único de mis ojos, /puede vaciarse entera en el olvido") con el movimiento del desenlace. El bote es la historia que avanza para tomar por asalto el castillo (¿el secreto de la existencia?): "disfrazados con las ramas del bosque inmemorial que avanza / en el asedio del castillo, y no sabemos ya/ si somos el ejército armado hasta los dientes / o la novia campesina en la mañana de sus bodas".

Con *La fecha al pie* Cintio Vitier nos muestra cómo su optimismo personal en la vida de su pueblo y del mundo tiene que ser el de la poesía. El es el primero en asumir su ejercicio, dentro y fuera de la palabra. ¿No son operaciones idénticas?

Edgar O'Hara

Roberto Fernández Retamar: *Circunstancia y Juana*, México, Siglo XXI, 1980.

Hace exactamente diez años, en un reportaje que le hice en La Habana, Roberto Fernández Retamar decía que el artista, en el desarrollo de su vocación y de su propia vida, "descubre no que las palabras quieren decir cosas sino que, efectivamente, las dicen", y agregaba: "En lo adelante, cada vez más, le interesa (me interesa) decir cosas, en la medida en que ello es posible; no decir palabras". Si en aquella etapa de su obra podía decirse que la poesía de Retamar trataba, casi siempre fructuosamente, de ajustarse a semejante declaración de principios, ahora dos de sus libros (publicados en un solo volumen, *Circunstancia y Juana*) sirven para demostrar y documentar que la antigua definición sigue siendo válida, al menos para él. El autor de *Circunstancia de poesía y Juana y otros poemas personales* dice inexorablemente cosas.

Es cierto que los conceptos, las abstracciones, transcurren como nubes sobre seres y objetos, pero en los versos hay ríos, árboles, padres, montañas, estuches, jazmines, cuerpos y otras presencias fundamentales. El poeta enfoca el tema y se acerca a él, primero sobrevolándolo y luego revelándolo, en una cercanía que es profundidad. "Nada ha borrado el agua, Juana, de lo que fue dictando el fuego", dice parafraseando y a la vez refutando a su admirada Sor Juana Inés de la Cruz, y agrega: "Han pasado los años y los siglos, y por aquí están todavía tus ojos / ávidos, rigurosos y dulces como un puñado de estrellas". Y no se limita a usar las palabras para decir las cosas, también convierte en cosas las meras palabras, por ejemplo cuando menciona al hombre "cuya inteligencia es un bosque incendiado", o cuando interroga: "En tu tierra sin mar, ¿qué podría el agua / contra tu devorante alfabeto de llamas?"

Ese relevamiento de las cosas, "sus" cosas, es de honda raíz cubana. El bautismo poético de las cosas empieza probablemente en Heredia, en cuya poesía la palma es un símbolo envolvente de lo cubano; adquiere luego un entrañable sentido en Martí, verdadero iluminador del entorno; continúa en Nicolás Guillén, que descubre la música y el ritmo, pero también el sentido social, de los objetos; y en Lezama Lima, quien a pesar de su fama de impenetrable y abstracto, aun en sus poemas más esotéricos comienza su andar sigiloso a partir de nociones tan precisas como un mulo, una pradera o un lebrél. Por fin, un poeta actual, Eliseo Diego, reúne su poesía precisamente bajo el título: *Nombrar las cosas*. Para el poeta cubano de ésta y otras épocas, la metáfora fue y es una alquimia realista, mediante la cual las palabras se convierten en cosas, pero en la poesía más reciente de Retamar, esa actitud es sobre todo una asunción de lo real, un estilo de entender el mundo.

Las crecientes responsabilidades y la indudable proyección que la figura de Retamar ha ido adquiriendo en el mundo cultural cubano (es vicepresidente de la Casa de las Américas, director del Centro

de Estudios Martianos y de la revista *Casa*, catedrático en la Universidad, etc.) así como el vigor polémico y movilizador de sus ensayos, particularmente a partir de *Calibán*, han ido dejando en un segundo plano su labor poética. Me parece una posposición de lesa literatura, ya que la poesía de Retamar integra, junto a la de Eliseo Diego y Fayad Jamis, el nivel más pleno y original de esa hornada de transición (la que viene después de los Guillén y los Lezama), poetas y hombres situados, como escribió una vez el mismo Retamar en poema memorable, "entre el pasado en el que, evidentemente, no habíamos estado, y por eso era pasado / y el porvenir en el que tampoco íbamos a estar, y por eso era porvenir".

Siempre ha habido en la poesía de Retamar una cadencia afectiva y un movimiento abarcador, capaces de transformar la vivencia individual en un don comunitario; quizá como compensación de ese además generoso, el poeta también ha conseguido sintetizar las grandes ocasiones de pueblo en relámpagos de fruición personal. Sin embargo, *Circunstancia* y sobre todo *Juana*, llegan a una hermosa y extraña conjunción que no es tan sólo de palabra y objeto, sino de Cuba y belleza, de país y mujer: "... y el idioma/ guardado entre sus labios, / entre sus dientes de dulzura irregular, / resbala, tiembla, es la isla misma / hablando, hablándose". Pero el mejor poema de ambos libros es el titulado "¿Y Fernández?", uno de esos raros instantes en que un artista toca lo esencial, se eleva sobre sí mismo y sobre su escritura, para decir en su escritura lo mejor de de sí mismo; esos poemas que pueden ser escritos por un solo poeta, por un solo hombre.

El título alude a una anécdota: es la pregunta formulada, poco antes de morir, por la madre del poeta, acerca de Fernández, su marido, padre de Roberto. La interrogante, como un diálogo trunco, define a esos padres, los retrata, expresa su modo de vida y de relación, y en el fondo dice el amor en que anduvieron, treparon, navegaron. Ya sin ellos, el hijo se decide a recordarlos, con toda objetividad y el buen decir que le permite su nostalgia, y en base a

actitudes que son signos, a dichos que son claves. En este poema de excepción, la sencillez sirve para lo que debe servir en poesía: para contar la hondura sin profanarla, para entender el mundo desde la propia historia, y viceversa. Es cierto que, como anuncia desde su nombre el segundo libro, éstos son "poemas personales" (¿qué poema que es, no es personal?), pero a través de esa óptica privada el lector aprende cómo eran y cómo son ciertas nutridas y apasionantes colecciones de seres y de cosas.

Mario Benedetti

Juan Gelman: *Hechos y relaciones*, Madrid, Lumen, 1980.

Ante todo debe reconocerse que Juan Gelman (Buenos Aires, 1930) comenzó a interrogar y a interrogarse desde sus primeros libros: *Violín y otras cuestiones* (1956) y *El juego en que andamos* (1959). Baste recordar poemas como "Oración del desocupado" (donde el interpelado era nada menos que Dios), en la primera de esas obras, o "Poemas con el hijo" y "Límites", en la segunda. Luego, el primigenio *Cólera buey*, 1965 (hubo en 1971 una nueva edición considerablemente aumentada) incluye "Preguntas"; y más tarde, "Otras preguntas" figura en *Poemas*, antología publicada en 1968 por la Casa de las Américas.

Existe no obstante una apreciable diferencia entre aquel preguntón, y el que ahora indaga en *Hechos y relaciones*, primer libro de Gelman que se publica en España, con una conmovedora y penetrante introducción de Eduardo Galeano. Antes, la pregunta era poco más que un legítimo recurso poético ("¿por qué bajo la gloria de este sol/ tristeo como un buey?", o también: "¿a quién debería encontrar yo en el país del vino?") mientras que ahora posee una fuerza casi conminatoria, atribuible tal vez a que el primer interrogado es el propio poeta. Este, a través de enriquecedoras series de preguntas, cada vez más inquietantes, más desgarradoras, va cateando en profundidad, como un método poco menos que infalible para llegar a la frugal y verídica conciencia.